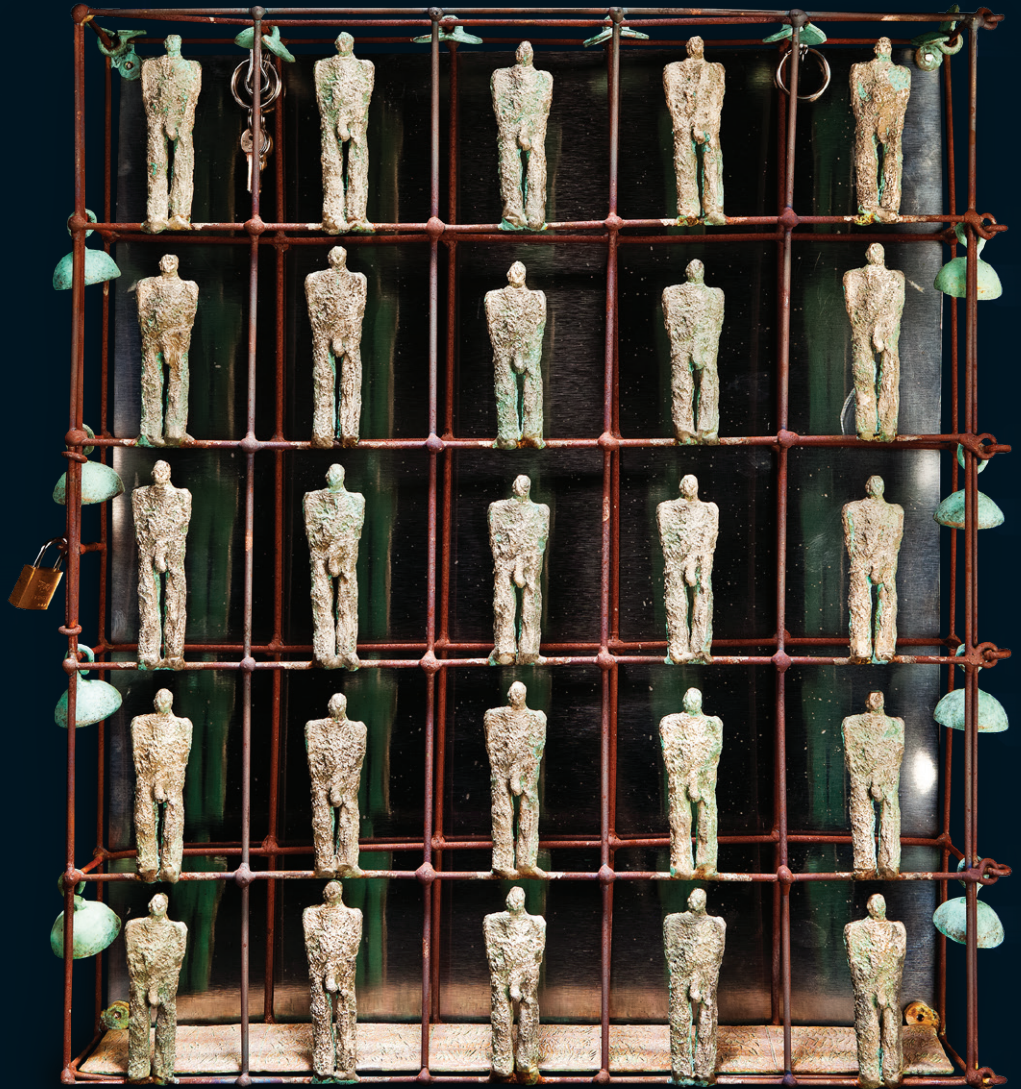


III. EL ODIO EN LO SOCIAL





© Jim Amaral | Caleidoscopio, manuscrito imaginario: sueño reflejado en zig zag | 2016 | 30×21 cm,
49×42 cm con marco | Lápiz y acuarela sobre papel | Fotografía: Diego Amaral Ceballos

Apuntes sobre el discurso del odio en la sociedad contemporánea



PIEDAD BONNETT*

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

Apuntes sobre el discurso del odio en la sociedad contemporánea

Notes on the Discourse of Hate in Contemporary Society

Notes sur le discours de la haine dans la société contemporaine



El artículo intenta precisar qué es el odio, deslindándolo de otros sentimientos como la ira y el resentimiento. A su vez, trata de examinar cómo está funcionando contemporáneamente el discurso del odio, cada vez de manera más abierta y desvergonzada, alentado por la xenofobia y por los fundamentalismos que se asientan en una visión conservadora del mundo; una visión que se niega a aceptar los cambios en las nociones de familia, género, etc. También señala cómo las redes sociales están propiciando dicho discurso o llevándolo hasta consecuencias donde pasa a ser un delito y las leyes pueden castigarlo.

Palabras clave: odio, discurso, delito, redes, leyes.

The article attempts to define hate by distinguishing it from other feelings such as anger and resentment. Likewise, it examines how the discourse of hate currently operates, ever more openly and shamelessly, encouraged by xenophobia and fundamentalisms rooted in a conservative view of the world that refuses to accept changes in the notions of family, gender, etc. It also discusses the role of social networks in fostering said discourse or taking it to the extreme of crimes punishable by the law.

Keywords: hate, discourse, crime, networks, laws.

L'article s'essaie à spécifier ce qu'est la haine, le délimitant par rapport à d'autres sentiments comme la colère et la rancune. En même temps, il s'agit d'examiner comment le discours de la haine fonctionne actuellement, se manifestant à chaque fois plus effrontément et sans honte, encouragé par la xenophobie et les fondamentalismes qui s'installent sur un conservatisme dans sa vision du monde, refusant d'accepter les transformations des conceptions de famille, de genre, etc. Il est indiqué aussi comment les réseaux sociaux favorise un tel discours ou bien le conduise là où il devient délit qui donc peut être puni par les lois.

Mots clés: haine, discours, délit, réseaux, lois.

CÓMO CITAR: Bonnett, Piedad. "Apuntes sobre el discurso del odio en la sociedad contemporánea". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 177-186, doi: 10.15446/djf.n19.76716

* e-mail: piedadbonnet@gmail.com

© Obra plástica: Jim Amaral



1. Charles Baudelaire, “Le tonneau de la haine” [El tonel del odio], en *Las flores del mal* (Madrid: Catedra, 2006), 294-295.

2. Carolin Emcke, *Contra el odio* (Bogotá: Taurus, 2017), 18.

Conjugado, el verbo ‘odiar’ se aliviana o se trivializa: se dice que se odia madrugar, se odia hacer ejercicio, se odia volar. Por supuesto que se trata de una hipérbole que echa mano del poder de la palabra ‘odio’, y de paso la debilita. Porque se teme a los aviones o nos incomoda levantarnos temprano o hacer ejercicio, pero a eso no se puede llamar odiar. Como sustantivo, en cambio, ‘odio’ es siempre una palabra cargada de potencia. Al contrario de “antipatía”, que simplemente hace referencia a un sentimiento de animadversión hacia el otro, odio parece admitir también lo que el diccionario le adjudica: un deseo de hacer el mal al que se odia. Hay que observar que ese deseo no equivale, sin embargo, a una *intención* real de dañar, sino que se limita a ser eso: deseo. Desafortunadamente, el odio lleva muchas veces a la acción de destruir, como nos demuestra la experiencia.

Aun cuando el objeto de su animadversión lo justifique —como veremos más adelante— sentir odio conlleva malestar, inestabilidad, un estado de alerta. El odio comienza por hacer daño al sujeto que lo siente. Sabido es que odiar requiere de energía y de tiempo: el que odia tiende a obsesionarse con el objeto de su odio, a examinar cada cosa que hace, a prestarle una atención desmesurada. Decía Charles Baudelaire que “el odio es un borracho al fondo de una taberna, que constantemente renueva su sed con la bebida”¹. Y Caroline Emcke, que “el odio no se manifiesta de pronto sino que se cultiva”². En eso se diferencia de la ira, un sentimiento con el que se le suele relacionar. Esta —que al contrario del odio produce reacciones físicas difíciles de ocultar y manejar, como cambios de color del rostro, aumento de la frecuencia cardíaca, obnubilación, etc.— es un sentimiento que generalmente se caracteriza por una efervescencia que en la mayoría de los casos se manifiesta como estallido, es decir, solo dura minutos, o si acaso horas. En eso se diferencia del odio, que yo definiría como una pasión “sorda”, que puede durar años o toda una vida. La ira también tiene un componente de impulsividad que se traduce, cuando no hay control, en agresión contra el otro. Aunque, por supuesto, también se puede reprimir, o se puede vivir con ella, rumiándola o consintiéndola. En ese caso se acerca mucho al odio.

El resentimiento, por otra parte, es ira acumulada, consentida, de largo aliento, y por ser un sentimiento especialmente venenoso tiende también a hacer daño al sujeto que lo cultiva. Aunque algunos, como Asma Abbas, “ha[n] propuesto una lectura

neonietzscheana del mismo como un acto político”³. El resentido, sin embargo, a diferencia del que odia, generalmente no dirige su rencor contra un sujeto sino contra una entidad (el gobierno, la empresa, etc.) o contra un objeto plural (los ricos, los poderosos), o contra la vida o el destino, a los que culpa de su suerte.

También la envidia puede estar en la raíz del odio. El que la padece —porque creo que el verbo ‘padecer’ es aquí pertinente— se siente impotente y rabioso frente al logro del otro, logro que él considera inmerecido o le hace pensar que él también lo merecería. La envidia parte siempre de una comparación y muy fácilmente deriva en odio, en deseo de hacerle mal a aquel que se envidia, de destruirlo. En suma, y para no quedarme detenida en la descripción de sentimientos relacionados, podríamos decir que el desprecio, la humillación, el asco, el resentimiento, la ira, la envidia, pueden ser todos ellos causa o consecuencia del odio, pero que ninguno por sí solo alcanza la fuerza de este sentimiento, su deseo y capacidad de destrucción. Y añadir que el límite entre estos sentimientos suele ser difuso y que de cada cruce resultan emociones distintas.

Enunciada la capacidad de daño del odio, habría que preguntarse si este sentimiento tiene algún aspecto positivo para el individuo que lo alberga. En un interesante artículo, Silvina Fernández⁴ nos recuerda que para Freud el odio sería una manifestación “de la lucha del yo por conservarse y afirmarse”, lo cual podría interpretarse como una reacción temprana —cuando ese yo es todavía débil— contra la hostilidad del mundo. Mirado así, tal vez tenga alguna connotación positiva. Pero cuando ya el yo se ha afirmado y el odio aflora como un mecanismo que surge porque nos parece que hace peligrar nuestra identidad —la imagen que tenemos de nosotros mismos— comienza a convertirse en un sentimiento pernicioso. Sin embargo, Fernández propone que cuando surge la inhibición del odio —por ejemplo, cuando va a dirigido a la persona que se ama— también “se inhibe la capacidad de análisis”, lo que la lleva a concluir que “para poner en juego la capacidad crítica es necesaria una dosis de odio”⁵.

Se refiere la autora a la capacidad crítica en relación con uno mismo, pero tal vez esto pueda hacerse extensivo al terreno de lo político. El odio, como todas las emociones y sentimientos, parte de un juicio, entraña una manera de ver, se asienta en creencias: cuando nace de la indignación, de una sensación de injusticia, cuando es la respuesta al oprobio, la exclusión o la humillación, el odio puede cegar, pero también puede llegar a ser esclarecedor, aguzar la capacidad crítica. Esta afirmación no equivale a una justificación de la violencia, pero a veces permite comprenderla. Basta pensar en el odio al tirano o al invasor o al régimen genocida. Cuando la violencia es asimétrica —Israel disparando a los palestinos en la Franja de Gaza, Maduro y Ortega masacrando estudiantes, Kim Jong Un mandando matar a todo el que disiente— es natural que el odio crezca en el corazón de sus víctimas y llame a la venganza. Y

3. Manuel Arias Maldonado, *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI* (Barcelona: Página indómita, 2016), 121.
4. Silvina Fernández, “El odio y sus despliegues: algunas particularidades”, *Espacio psicoanalítico de Barcelona*, marzo 2013. Disponible en: <https://www.epbcn.com/pdf/silvina-fernandez/2013-05-12-El-odio-y-sus-despliegues-algunas-particularidades.pdf> (consultado el 01/05/2018).
5. *Ibíd.*, 6.

aunque en principio toda violencia es perniciosa, aquella que nace de colectividades oprimidas por años y sirve para liberarse de regímenes asesinos, suele ser mirada con beneplácito por el mundo entero a pesar de los horrores que pueda desatar. El juicio moral vacila en estos casos. Lo ideal, por supuesto, es que en vez de venganza —como, por ejemplo, en el caso de Gadafi, que fue sometido a empalamiento por una multitud enardecida— se lleve a los tribunales a los perpetradores de crímenes masivos y a los violadores de Derechos Humanos.

Algunos autores han subrayado también que hay mucho de disfrute en la experimentación del odio, mientras que esa misma felicidad que tiene el que adopta posiciones extremas y se opone con ellas a la autoridad, no la goza la persona de ideas moderadas.

Hasta aquí he bocetado algunas consideraciones sobre el odio en términos generales. Me interesa, sin embargo, concentrarme en el discurso de odio, en su contenido ideológico y su poder de desencadenar violencia social. El odio contra colectividades enteras ha existido siempre, pero tiene manifestaciones distintas en cada momento histórico y matices diversos de acuerdo con el contexto en que se desarrolle. Como ayer y como siempre, hoy se odia lo que se desprecia y también lo que se percibe como una amenaza de desestabilización, inseguridad o muerte. Porque el miedo fácilmente se convierte en odio. Todavía hoy ese tipo de odio desata guerras y termina en el exterminio de comunidades enteras que están en condiciones de inferioridad bélica. Si bien el caso paradigmático es el del holocausto judío a manos de los nazis, más recientemente —para dar unos mínimos ejemplos— encontramos la masacre de musulmanes bosnios a manos de tropas serbias, o el desplazamiento masivo de los rohingyas por parte del ejército birmano, que los ha perseguido por ser una minoría étnica y lingüística que además profesa otra religión, la suní.

Pero los controles sociales que ejercen como fuerza civilizadora son mucho más fuertes ahora que hace un siglo, y las conquistas legales en la batalla por crear sociedades respetuosas de la diferencia son enormes en los últimos años. Los siglos XX y XXI han sido escenario de reivindicaciones sustanciales para las mujeres, las comunidades negras y LGBT. Y aun así seguimos padeciendo incidentes y crímenes de odio que tienen como víctimas a estos grupos sociales. Caroline Emcke afirma, refiriéndose a Alemania:

Ahora se odia abierta y descaradamente. Unas veces con una sonrisa y otras no, pero en ocasiones sin ningún tipo de reparo. Los anónimos, que siempre han existido, hoy van firmados con nombre y dirección. Las fantasías violentas y las manifestaciones de odio expresadas a través de internet ya no se ocultan tras un pseudónimo. Si hace

algunos años alguien me hubiera preguntado si creería posible que en esta sociedad se volviera a hablar así, lo habría descartado por completo. Para mí era absolutamente inconcebible que el discurso público volviera a embrutecerse de ese modo y que las personas pudieran ser víctimas de un acoso tan desmedido.⁶

Emcke tiene razón, y su afirmación podría aplicarse en general al mundo de hoy. Muchos consideran, por ejemplo, que el insulto hace parte del derecho a la libre expresión, y es así hasta cierto punto. Pero no por tratarse de palabras podemos creer que su poder de humillación y destrucción son pocas. Por ejemplo: la joven diputada escocesa Mhairi Black, que representa la comunidad LGBTI, denunció con gran crudeza lo que en su vida significa el insulto cotidiano:

[...] me resulta difícil encontrarle la gracia a que me llamen de forma sistemática dyke [término insultante para referirse a una lesbiana], retrasada, guarra, puta desaliñada. Me han dicho: “No se puede poner pintalabios a un cerdo” y “dejad a esa puta sucia que coma mierda y se muera” [...]. Tengo que leerlas en mi pantalla un día tras otro. Alguien dijo: “Necesita que le den una patada en el coño”.⁷

Cuando el insulto lesiona la dignidad o ratifica el prejuicio de la víctima, las posibilidades de desencadenar violencia son todas. Así lo muestra, aunque a veces con flaquezas cinematográficas, una película reciente del famoso director libanés Ziat Doueiri, llamada precisamente *El insulto*, que muestra una situación para nada infrecuente: cómo un pequeño incidente cotidiano puede llegar a convertirse en un conflicto de proporciones enormes, e incluso dar pie a una guerra. Doueiri recrea la ingrata convivencia entre libaneses y palestinos migrantes en Beirut, y demuestra cómo un insulto puede llegar a prender las hogueras del odio que se incuban silenciosamente en una sociedad.

El discurso del odio (*hate speech*), que promueve la intolerancia y la agresión contra determinados grupos sociales (negros, judíos, extranjeros, homosexuales, musulmanes, etc.), no solo abunda entre personas del común, y redundante en incidentes y en delitos de odio, sino que ha empezado a aparecer, de manera descarada, exhibicionista, entre los poderosos. Resulta increíble, por ejemplo, que un expolicía brasileño y diputado nacional, Jair Bolsonaro, racista, homofóbico y misógino, se atreva a decir en público que “el error de la dictadura fue torturar y no matar” y también que haya increpado a una ministra, Maria do Rosario, que dirigía la cartera de Derechos Humanos, con la frase de “no mereces ni que te viole”. Todo esto con total impunidad, pues hoy tiene opciones como candidato a la presidencia. Según la profesora de Relaciones Internacionales de la UNIFESP, Esther Solano, quien lo compara con Donald Trump:

6. *Ibíd.*, 16.

7. “Mhairi Black”, *Wikipedia*, última modificación en agosto 3, 2018. Disponible en: https://en.wikipedia.org/wiki/Mhairi_Black (consultado el 01/05/2018). Ashley Cowburn, “SNP MP Mhairi Black describes shocking misogynistic online abuse received in Parliament debate”, *Independent*, marzo 8, 2018. Disponible en: <https://www.independent.co.uk/news/uk/politics/snp-mp-online-abuse-mhairi-black-sexist-homophobic-women-parliament-debate-a8245646.html> (consultado el 01/05/2018). La traducción es mía.

Ambos forman parte de la nueva derecha pop, que tiene una cara más joven, rebelde, que no se identifica con el mainstream político. Además, los dos se definen como heterosexuales blancos que son víctimas de las minorías de homosexuales, mujeres y negros que les acosan al exigir nuevos derechos. Su discurso es de odio pero lo maquillan bajo la idea de libertad de expresión.⁸

Como bien se sabe, Donald Trump ha incurrido también abiertamente en un discurso de odio racista y sexista. El 16 de junio del 2015, en el discurso de lanzamiento de su candidatura para las primarias del Partido Republicano, expresó que “[c]uando México nos manda gente, no nos mandan a los mejores. Nos mandan gente con un montón de problemas, que nos traen drogas, crimen, violadores...”. Y a principio del 2018 se atrevió a decir, en una reunión con legisladores, refiriéndose a haitianos y salvadoreños, “¿por qué tenemos a toda esa gente de países agujero de mierda viniendo aquí?”. Pero en todas partes se cuecen habas. En Irán un exdiputado del Partido Gubernamental, Mehrdad Bazrpash, no tuvo empacho en decir que “es un gran honor violar los derechos de los homosexuales”, y en el 2013 Roberto Calderoli, vicepresidente del Senado italiano y miembro de la extrema derecha italiana, la Liga Norte, comparó con un orangután a la ministra de Integración italiana, Cécile Kyenge, originaria de la República Democrática del Congo. Y, para no ir tan lejos, aquí en Colombia el diputado Rodrigo Mesa afirmó, en plena Asamblea de Antioquia, que “la plata que se le mete al Chocó es como meterle perfume a un bollo”. Este tipo de discurso tiene como consecuencia el aumento de los “incidentes de odio” —los que no tienen categoría de delito, como, por ejemplo, las humillaciones públicas a los migrantes, que los acorralan y los hunden en el miedo y en la desesperanza—; contribuyen a crear climas violentos, como los que antecedieron al Holocausto; y son amenaza latente que con facilidad da paso a verdaderos delitos como punto final de esta escalada del odio.

Las redes sociales son contemporáneamente un vehículo propicio para la propagación del discurso del odio. Por supuesto, ellas son un medio que favorece la democratización de la opinión, en la medida en que hacen visibles a todos aquellos tradicionalmente marginados de los grandes canales de comunicación; e incluso han servido como instrumento de organización para causas muy justas. No son las redes, pues, culpables en sí mismas, sino el uso que de ellas hacen miles de personas. La pregunta es ¿por qué son ellas una vía tan propicia para propagar el discurso del odio? La respuesta no es sencilla, pero ya hay muchos estudios al respecto que nos permiten acercarnos a la complejidad del fenómeno. Se ha visto, por ejemplo, que el medio mismo incita a la simplificación —me gusta, no me gusta— a una ausencia

8. Agnese Marra, “Jair Bolsonaro, un ex policía homófobo y racista para presidir Brasil”, *El Mundo*, enero 25, 2018. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2018/01/25/5a687111ca4741ce5a8b4605.html> (consultado el 01/05/2018).

de matices que, unida a la exacerbación emocional generada por la interacción con otros cibernautas, lleva fácilmente a la radicalización de las afirmaciones. El filósofo coreano Byung-Chul Han habla de la comunicación digital como “pobre en mirada”.

El smartphone es un aparato digital que trabaja con un input-output pobre en complejidad. Borra toda forma de negatividad. Con ello se olvida de pensar de una manera compleja. Y deja atrofiar formas de conducta que exigen una amplitud temporal o una amplitud de mirada. Fomenta el corto plazo y la mirada de largo alcance, y ofusca la de larga duración y lo lento.⁹

Por otra parte, Manuel Arias, autor de *La democracia sentimental*, habla de cómo los partidos explotan el lado emocional de la ciudadanía, y cómo las redes sociales llevan esta emocionalidad a unos niveles tales que hacen que la argumentación razonada sea mínima y, por tanto, se caiga en una superficialidad que actúa en detrimento de la verdadera democracia. Y Carlos Cortés, abogado y periodista, creador de La Mesa de Centro de *La Silla Vacía*, explica en un interesante artículo¹⁰ que “cuando nuestra comunicación está mediada por un dispositivo, corremos el riesgo de perder la empatía” y, por tanto,

[...] la mediatización del intercambio hace que las personas pierdan conciencia sobre sí mismas y que subestimen o dejen de lado los efectos negativos de sus actos. En consecuencia, esa pérdida de conciencia es sobre uno mismo y sobre el otro, y da paso a comportamientos impulsivos que en otras condiciones suelen inhibirse y que, especialmente, llevan a perder la consideración de los demás.¹¹

Los filósofos y los sociólogos que se han ocupado de analizar lo que pasa en redes, coinciden, pues, en hablar de narcisismo, de predominio del pensamiento binario, de falta de complejidad y de empatía, pero también de soledad. Byung-Chul Han lo formula así: “la comunicación digital hace que se erosione fuertemente la comunidad, el nosotros. Destruye el espacio público y agudiza el aislamiento del hombre. Lo que domina la comunicación digital no es el «amor al prójimo» sino el narcisismo”¹². Y precisamente *La muerte del prójimo* se llama un libro de Luigi Zoja, psicoanalista y escritor italiano, que sostiene que “después de la muerte de Dios, la muerte del prójimo representa la desaparición de la segunda relación esencial del hombre”. No lo dice, por supuesto, a partir de una nostalgia religiosa, sino como una constatación que parte de la frase de Nietzsche y se extiende a los fenómenos contemporáneos, dentro de los cuales se cuenta la revolución informática, que según él sustituye la presencia humana, causando una privación del otro “que representa un verdadero daño psíquico”¹³. Y nos recuerda este fenómeno tan contemporáneo y difícil de comprender



9. Byung-Chul Han, *En el enjambre* (Barcelona: Herder, 2014), 43.

10. Carlos Cortés, “La desconfiguración de la empatía”, *Revista Arcadia* 152, mayo 21, 2018. También está disponible en: <https://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural---revista-arcadia/articulo/elecciones-presidenciales-en-redes-sociales-colombia-empatia/69300> (consultado el 01/05/2018).

11. *Ibíd.*

12. Byung-Chul, *En el enjambre*, 75.

13. Luigi Zoja, *La muerte del prójimo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015), 45.

de los *hikikomori* —a los que se denomina así porque aparecieron primero en Japón—, que son esos chicos que duermen de día y viven de noche, encerrados en sus cuartos frente a una pantalla de computador, en la Internet, y que permanecen en aislamiento durante días y días, comiendo lo que sus madres les dejan en bandejas frente a las puertas cerradas de sus habitaciones.

De un mundo de soledad esencial provienen los “lobos solitarios”, desadaptados que convierten el odio a sí mismos, o el resentimiento y la ira en actos masivos de violencia, generalmente en Occidente. El término “lobo solitario” se refiere, por una parte, a las personas —muchas muy jóvenes— que son autores de tiroteos masivos sin que hayan actuado en complicidad con un grupo. Cuando se examina su perfil, se descubre que una gran mayoría de ellos son personas solitarias que, como los *hikikomori*, han pasado muchas horas en Internet, y muchas veces han anunciado sus intenciones a través de redes. Lo cual, por supuesto, no equivale a decir que todo el que pase muchas horas frente a una pantalla tiene riesgo de convertirse en un “lobo solitario”. La teoría que Byun-Chul Han esboza en *La expulsión de lo distinto* es muy interesante:

¿Podría ser que el atentado suicida fuera el perverso intento de sentirse a sí mismo, de reestablecer la autoestima destruida, de eliminar el apesadumbrante vacío a base de bombas o disparos? [...] ¿Podría ser que los terroristas compartieran el mismo cuadro psíquico de los adolescentes que se autolesionan, es decir, que dirigen su agresión contra sí mismos? [...] además están por completo seguros de que, inmediatamente después de su acto, su foto circulará en masa por los medios como si fuera una especie de selfie. El terrorista es un Narciso con un cinturón detonante que lo hace particularmente auténtico.¹⁴

Por fortuna, leyes muy recientes castigan el discurso del odio y las amenazas cibernéticas, cada vez más frecuentes. No hace mucho, y casi de manera simultánea, fuimos testigos de dos de esas amenazas, que no solo son aterradoras sino que confirman la teoría de Emcke de que el discurso público ha vuelto a embrutecerse, y “ahora se odia abierta y descaradamente”. El excaricario de Pablo Escobar, Jhon Jairo Velásquez Vásquez, alias Popeye, admirador de Álvaro Uribe y del Centro Democrático, se atrevió a escribir el siguiente *twitter* en plena campaña por la presidencia de Colombia: “Malditos petristas. Denuncien mi *twit*. Los odio. Si no me puedo expresar, mi fusil hablará por mí, cuando empiece el dolor y el llanto no lloren que no habrá compasión”; días después llovieron toda clase de amenazas contra Loris Karius, el arquero del Liverpool, por haberse equivocado permitiendo que le hicieran dos goles a su equipo. En los dos casos las autoridades tomaron cartas en el asunto, pero no siempre la justicia es eficiente en estos casos.

14. Byung-Chul Han, *La expulsión de lo distinto* (Barcelona: Herder, 2017), 45-46.

El incremento de los discursos y los crímenes de odio por discriminación religiosa, sexual, étnica, e incluso por pobreza o condición de indigencia, se denuncia todos los días. Caroline Emcke nos convida a no conformarnos con condenar el odio y la violencia, sino a ir más lejos: a observar sus mecanismos, la forma en que este sentimiento se activa socialmente, para saber cómo debilitarlo.

El odio sólo se puede combatir con lo que a ellos se les escapa: la observación atenta, la matización constante y el cuestionamiento de uno mismo. Esto exige ir descomponiendo el odio en todas sus partes, distinguirlo como seguimiento agudo en sus condicionantes ideológicos y observar cómo surge y opera en un determinado contexto histórico, regional y cultural.¹⁵

Martha Nussbaum propone algo parecido: Por una parte, una ética cívica que se transmita a través de la educación formal e informal; y

[...] cultivar una especie de desplazamiento de la mente, una actitud de curiosidad, indagación y receptividad que venga a decir, en la práctica: “He aquí otro ser humano. Me pregunto qué estará viendo y sintiendo en este momento”. Esta curiosidad tiene que alimentarse con hechos y datos, pues sin una información histórica y empírica correcta nunca podremos dar respuesta a esa pregunta.¹⁶

Habla de conocer, racionalizar, hacer conciencia. No de amar. Porque como dice Luigi Zoja, “[e]n cualquier lugar, en cualquier época, la distancia ha sido siempre un obstáculo para el amor. ¿Por qué la nuestra sería distinta?”. Aunque a continuación se haga dos preguntas inquietantes: “¿Se puede amar verdaderamente o sólo conocer a quién está lejos? ¿Y el sólo conocimiento me permite al menos ser justo?” Y concluye, con pesimismo: “todavía no hay nada que lo demuestre”¹⁷.

BIBLIOGRAFÍA

ARIAS MALDONADO, MANUEL. *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI*. Barcelona: Página indómita, 2016.

BAUDELAIRE, CHARLES. “Le tonneau de la haine” [El tonel del odio]. En *Las flores del mal*. Madrid: Catedra, 2006.

BYUNG-CHUL, HAN. *En el enjambre*. Barcelona: Herder, 2014.

BYUNG-CHUL, HAN. *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder, 2017.

CORTÉS, CARLOS. “La desconfiguración de la empatía”. *Revista Arcadia* 152. Mayo 21, 2018.

EMCKE, CAROLIN. *Contra el odio*. Bogotá: Taurus, 2017.

FERNÁNDEZ, SILVINA. “El odio y sus despliegues: algunas particularidades”. *Espacio psicoanalítico de Barcelona*. Marzo 2013. Disponible en: <https://www.epbcn.com/pdf/silvina-fernandez/2013-05-12-El-odio-y-sus-despliegues-algunas-particularidades.pdf>.

15. Emcke, *Contra el odio*, 19.

16. Martha Nussbaum, *La nueva intolerancia religiosa*. Cómo superar la política del miedo en una época de inseguridad (Barcelona: Paidós, 2013), 176.

17. Zoja, *La muerte del prójimo*, 137.

MARRA, AGNESE. "Jair Bolsonaro, un ex policía homófobo y racista para presidir Brasil". *El Mundo*. Enero 25, 2018. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2018/01/25/5a687111ca4741ce5a8b4605.html>.

"MHAIRI BLACK". *Wikipedia*. Última modificación en agosto 3, 2018. Disponible en: https://en.wikipedia.org/wiki/Mhairi_Black.

NUSSBAUM, MARTHA. *La nueva intolerancia religiosa. Cómo superar la política del miedo en una época de inseguridad*. Barcelona: Paidós, 2013.

ZOJA, LUIGI. *La muerte del prójimo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015.

